

Tenochtitlan, 30 de junio de 1520

I. Blas Botello, astrólogo

Lo que el astrólogo descubre en la Linmanencia del cielo, ha de callarlo el soldado en las mutaciones de la tierra. Entre las alturas y el polvo del sendero, todo está por decidirse. Bajo la lluvia fina, el estruendo de armas, arneses, humanas voluntades se concentra en el patio de Axayácatl; bajo estrellas cuyo augurio es entorpecido por las nubes, se dispone la masa de metales, sudores y maderos. Al tiempo que vigila personalmente el orden de la marcha, el capitán Cortés mira, de cuando en cuando, mi semblante; intenta traducir mis gestos, confirmar las palabras que apenas hace unas horas lo decidieron a dejar la ciudad durante la noche. Y yo, Blas Botello, astrólogo judicial, obediente a los signos que, trazados en el cielo, regulan los actos de los hombres, me mantengo hierático, imperturbable. No moví un músculo del rostro cuando nuestro capitán, creyente en el poder probado de su acero y temeroso de las fuerzas intangibles, me preguntó por el número ocho. Le dije que era propicio, que habríamos de librar las ocho zanjás que nos separan del pueblo de Tacuba; llegaremos con ayuda del cielo y de los hombres de Magarino, encargados de transportar el puente con ayuda del cual abandonaremos esta ciudad que no nos quiere. No he dicho, no digo, no diré que en la alforja llevo mi tabla adivinatoria, donde todo está escrito. "Morirás. No morirás", repito en voz baja, ignorando y sabiendo el desenlace. Esta ciudad caerá. Lo dijeron los astros, y se consumará su ardiente profecía. Pero ese futuro, primero de sangre y fuego, más tarde de ambiciones nunca satisfe-

chas, no lo verán mis ojos. Consuelo será morir llevándose en los ojos la mañana en que cruzamos por primera ocasión las puertas de esta ciudad espléndida, nuestras armaduras resplandecientes como el sol de Anáhuac.

Los 200 infantes de Gonzalo de Sandoval se disponen a romper la marcha. Escucho los cascos de los caballos, las ruedas de la artillería, el roce de los pies descalzos de nuestros aliados tlaxcaltecas. Ya vislumbro el futuro inmediato que en unos momentos hará resucitar a la ciudad dormida. Ya mi sexto sentido tortura a los otros cinco para armar el mapa irrevocable de la muerte. Toco uno de los muros encalados del Palacio, no en busca de apoyo sino para despedirme de todo lo que aún es doméstico, entrañable, conocido. Más allá de esta puerta comienza el hoyo negro. El resto de la tropa mira la gran calzada de Tlacopan, benigna, monumental, deshabitada. Yo estoy condenado a mirar lo que, sin ser aún, ya es historia. Escucho a la ciudad resucitar como una hembra herida, excitada por el ulular profundo de los caracoles. Miro el cielo oscurecido por la lluvia de flechas que comienza a diezmarlos; escucho el choque de los metales nuestros contra las armas de piedra de los otros; me invade el olor helado del desastre, el sálvese quien pueda que clausura el honor militar, la disciplina, el temor a Dios, para dejar sitio a la criatura humana de carne y hueso, estúpida, cobarde, fragilísima. Y miro por última vez tus ojos abiertos, Blas Botello, ante el grito del caballero águila que te desgarras el pecho con su obsidiana, negra y brillante como las aguas de la ciudad que reciben tu cuerpo.

II. La mujer del cántaro

He llegado al canal durante la noche. Cuando las sombras limpian de huellas humanas la ciudad, bajo con mi cántaro para llenarlo de agua. Canál de Tecpantzinco, dulce es tu nombre como el agua que llevas. Con tu música clara, suena en este barro que inundará después mi corazón. Apaga mi sed como mis ansias. Agua madre, he salido de noche para oírte relatar la historia de nuestra ciudad eterna. He venido para que me cuentes sobre mis padres y los padres de mis padres. Ellos vencieron pantanos, islas, bancos de arena, para levantar la ciudad, ahora amenazada por los teúles encerrados en el Palacio de Axayácatl. Nadie podrá arrasar una ciudad nacida por voluntad de dioses. Nadie podrá tomar una ciudad cuya grandeza continúa en los pechos fecundos de sus mujeres, en los fuertes brazos de sus mancebos. Los primeros mexicas levantaron estos templos y los nuevos habrán de defenderlos. Tú entiendes mis palabras, ciudad, porque eres también mujer. Nacida de la confluencia de los astros, en cuatro repartida como mis cuatro miembros y en el centro tu fuego sagrado, incandescente. Déjame hablarte como si fueras, tú, tan grandiosa, mi pequeña. Mientras hundo mi cántaro en tus aguas, te siento palpitante. Aunque los hombres duermen, tú vigilas. Aunque los animales sueñen, tú caminas. Aunque en los teocallis se extingan las hogueras, tú ardes. Estás en pie de guerra, aunque los caballeros águila hayan cedido al cansancio y se hayan entregado al sueño sin quitarse el traje, con armas y escudos en las manos. Multiplicas verdores para que no nos

falten alimentos, para que los invasores salgan, cercados por el hambre, y nuestros batallones los acaben. Comienza a caer una lluvia fina y estoy en ti, mi ciudad, entre dos aguas. Me bendice la altura y este dominio donde me das tu cuerpo en este cántaro. Y cuando estoy pronta a volver sobre mis pasos, algo que no eres tú me detiene. Se han abierto las puertas del Palacio de Axayácatl y otra vez tus calles son holladas por las huellas ajenas. Entonces grito contigo, ciudad, y mi alarma la repiten mil gargantas. Y mi voz es tu voz, ciudad, tu gente y tus guerreros. Que el amor que te tengo Tenochtitlan, para los otros se transforme en odio. Esta noche borrarás de tu entraña a quienes no te merecen, a quienes no deben temerte.

III. El testimonio del guerrero

Lo sabe mi corazón: las raíces de mi padre pronto ya no estarán sobre esta tierra. Es la madrugada del tercer día de la veintena Tecuilhuitontli, y aunque ha terminado la batalla, el aire parece pro-

longar el choque de las armas, el aullido de los guerreros de mi raza, las maldiciones incomprensibles de los teúles a los que hemos batido durante nueve jornadas. Mis escasos años aún no han empuñado las armas ni conocen —aunque quisiera— las artes de la guerra. Pero los más ancianos me han traído a esta cámara donde mi padre vive sus últimos momentos. Ellos me hacen repetir una y otra vez lo que habré de transmitir a los de mi raza. Mi sangre, no mi memoria, registra los actos de la noche:

“Recuerda que tu padre fue además de Tlacochealcátl, hombre sabio. Él aprendió a hacer terrenas las armas ofensivas del intruso; él miró más allá de las cosas, y con el tiempo supo que las varas de fuego no eran dioses; él fue de los primeros en arrojarse al suelo al oír el estruendo y mirar la flama en la boca de los que llaman cañones. Más tarde, su risa al no ser tocado por la muerte, fue imitada por los nuestros. Así aprendieron que las bestias cuadrúpedas no eran inmortales y que las hojas de obsidiana del micuáhuil podían herir como las armas de los teúles diezaban a los nuestros. Tu padre aprendió

también, antes que nadie, que los teúles temían, sobre todas nuestras armas, nuestro tlacohtli, y perfeccionó el arte de lanzar los dardos a las partes desnudas.

“Ten presente que la ciudad fue nuestra primera aliada: las calles y los canales de la Gran Tenochtitlan retardaban la marcha de sus bestias y sus armas. La ciudad fue así otro guerrero, y por eso le debes reverencia. Nos costó muchos hombres la victoria: los nuestros aprendieron que de nada servían los escudos ante las nuevas armas, y pasaron a luchar como nubes, a cerrarse y formar un solo cuerpo. Aprende —como esos guerreros— que el yo no existe para sí: ellos cayeron para preservar la ciudad que ahora es tuya.

“Recuerda los días anteriores a esta noche: la fiesta del Tóxcatl donde el cruel que llaman Pedro de Alvarado, y que nosotros nombramos Tonatiuh, mató a los tuyos. La paciencia no pudo más y los nuestros asaltaron a los teúles con nueva furia. Todos los hombres con armas en la mano se pusieron al servicio de la guerra, en defensa de la ciudad. Aun los acolhua y los tepaneca estuvieron con nosotros. Mantén en tus oídos, graba en tu memoria el caracol que sonó alarma la noche de la huida. A pesar de los cuerpos fatigados, el sonido que convocaba a la guerra fue como música de fiesta. Recuerda la lluvia del cielo y recuerda la que nosotros hicimos, la lluvia de piedras, varas, flechas que soltamos sobre sus cuerpos. Ahí cayeron hombres y bestias, armas y oro de nuestros templos. Los canales de la ciudad cegaron la codicia.

“No olvides esta noche. Nunca como en ella los dioses estuvieron con nosotros. Recuerda, sobre todo, el momento cuando tu padre entra en la región donde de algún modo se vive. Para consuelo de tus lágrimas, para alivio de tu corazón, recuerda el llanto del capitán de los teúles al pie del ahuéhuatl, donde miró pasar su ejército vencido. Bajo ese árbol donde algunos dicen que lo vieron llorar, haremos la gran fiesta. Conserva en tu memoria esta noche como la más alegre de nuestra desdicha, la noche en que vuelve a ser nuestra la ciudad que has de defender, porque la guerra apenas da comienzo.” ♦

